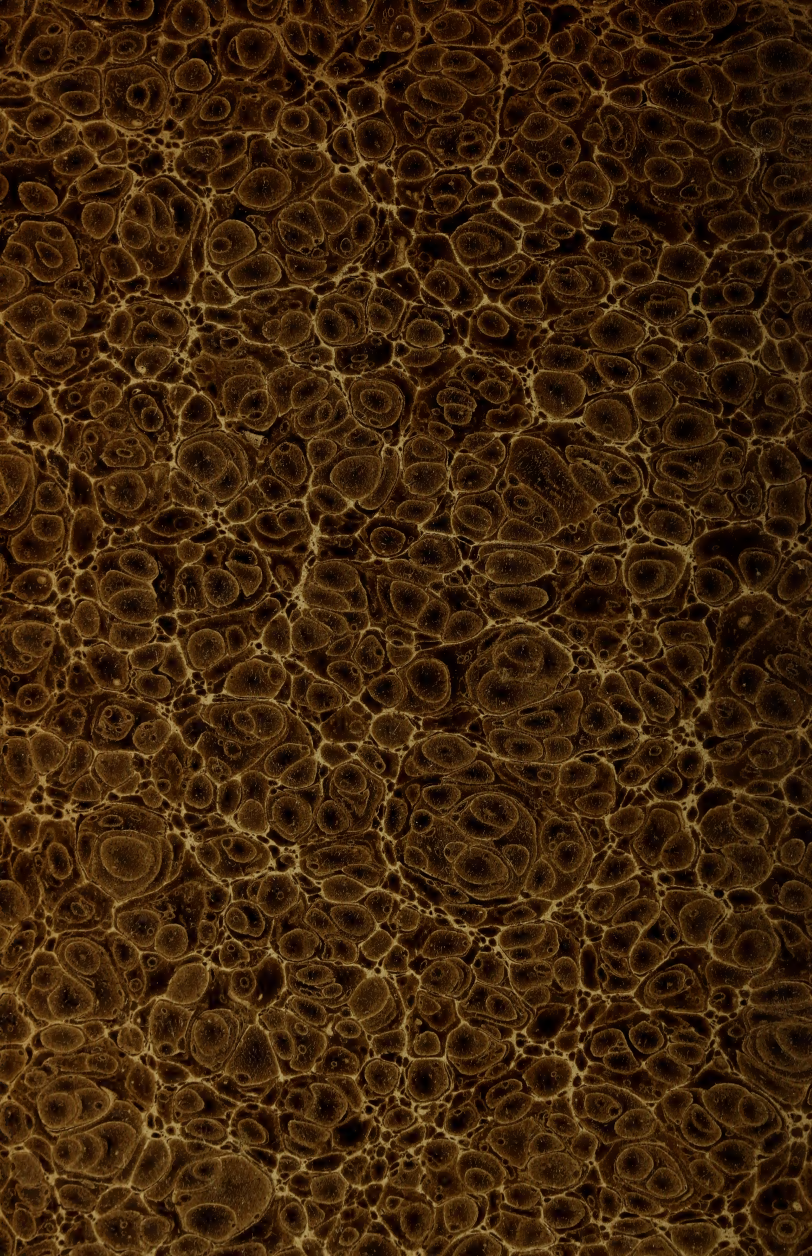
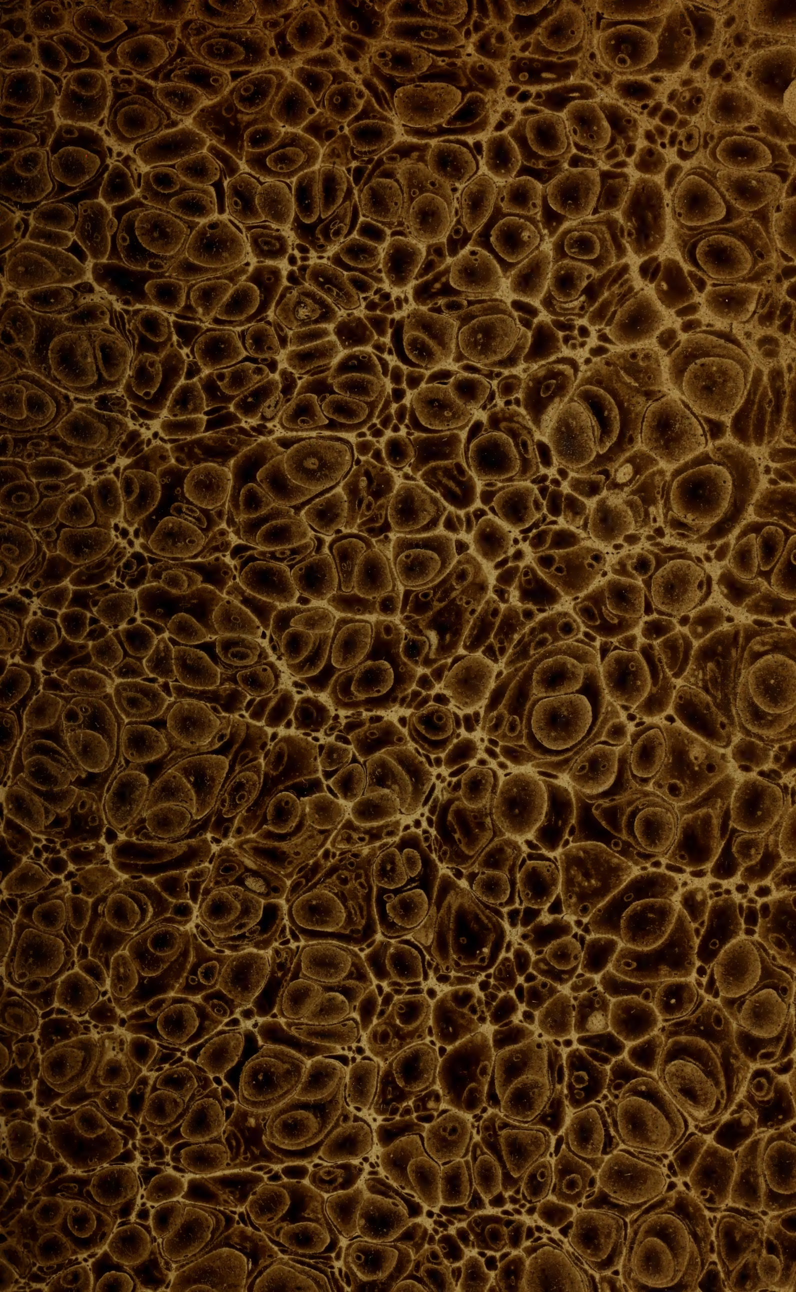

3 1761 09545013 6





ALMA * MUSEO * LOS CANTARES

MANUEL MACHADO

Alma.
Museo.
Los Cantares.

Prólogo de MIGUEL DE UNAMUNO

MADRID
LIBRERIA DE PUEYO
Mesonero Romanos, 10.

1907



DEDICATORIA

Al Excmo. Sr. D. José Joaquín Herrero.

Homenaje de admiración, gratitud y y amistad.

Manuel Machado.

LA POESÍA

DE

MANUEL MACHADO

La poesía de Manuel Machado.

Cuando leí por primera vez las poesías de la colección *Alma*, de Manuel Machado, acababa de leer el *Brand*, de Ibsen, y del choque en mi espíritu de estas dos lecturas, brotó el breve ensayo que dediqué á la obrita de Machado, ensayo que es, en opinión de no pocos de mis amigos, una de las cosas más felices, más jugosas y más verdes que haya trazado mi pluma. Jugosidad y verdura que se debió á aquel alado orvallo primaveral sobre el ardor calcinante del *Brand* ibseniano.

Y ahora me llega la nueva colección de las poesías de Machado—las que componen este volumen—cuando acabo de arrojar á la indiferencia del público un tomo de poesías propias y cuando termino de leer, traducir y comentar en mi cátedra de literatura griega, con mis alumnos, el gracioso diálogo platónico en que Sócrates discurre, con el rapsodo Ion, so-

bre lo que la poesía sea, sosteniendo que es inspiración divina y no ciencia ni arte.

Es el poeta, hace decir Platón á Sócrates, una cosa lijera, alada y sagrada: es un intérprete de la divinidad.

Le llama cosa, χρημα, y no persona. De algunos escritores poderosos y robustos se ha dicho que son más que hombres fuerzas de la Naturaleza, elementos cósmicos, y este concepto guió á Rodín en su escultura de Balzac. Pero esto que se aplica á los escritores y poetas apocalípticos ó proféticos, á los que son como símbolos y voceros de muchedumbres, esto mismo puede decirse, en otro respecto, de los poetas más individuales y más lijeros. Son también un elemento, pero un elemento aéreo, vaporoso, cambiante, que ondea á las brisas todas y se dora con todos los soles.

Manuel Machado consigue no pocas veces dejar de ser el hombre que es en la vida ordinaria—esta pobre vida que no debe ser sino pretexto para la otra—para convertirse en una cosa lijera, alada y sagrada, en un intérprete de la divinidad. Ocasiones hay en que le cuadra el viejo y ya tan gastado símil de abeja ática; ocasiones hay en que es clásico en el más estricto sentido.

Clásico, sí, clásico, os lo digo yo, que llevo ya diez y seis años traduciendo y explicando profesionalmente á los clásicos griegos. Y por muy retuso que al clasicismo fuera mi espíritu, me parece que no siendo, como no soy, un porro, en diez y seis años de trato diario...

Ya sé que esto de clásico hará fruncir el entrecejo á no pocos de esos que han tomado en serio, ya sea en pro ya sea en contra, el mote ese de modernista.

Luchaban hace tres cuartos de siglos clásicos contra románticos, y, sin embargo, el verdadero espíritu clásico, el alma eterna de la poesía universal, palpitaba en éstos mucho más que en aquéllos, que sólo copiaban las formas externas y muertas de la antigüedad clásica. Víctor Hugo estaba mucho más cerca de Esquilo, con quien, á través de Shakespeare y el Dante, se daba la mano, que los serviles mantenedores de las famosas tres unidades. Y hoy se repite la historia.

Esta cosa lijera, alada y sagrada que es á las veces Manuel Machado resulta ser un verdadero clásico. Clásico en su sentido más extenso y universal, y clásico en su sentido más restricto y nacional, es decir, castizo.

Que algún impulso para ese clasicismo le haya venido de la literatura francesa, es in-

dudable; pero ese impulso cambió al entrar en alma profundamente española. Ciertos de sus cantos leves, vagos, todo matiz y suspiro, nos recuerdan á Verlaine y otros, los descriptivos—*Abel*, *Alvar Fáñez*, *Felipe IV*—á Leconte de Lisle, con cuya precisión pictórica compiten.

Pero decidme, ¿habéis leído una revelación del alma de Castilla, de esta alma toda «polvo, sudor y hierro» – en la primera redacción me parecía mejor en vez de hierro, sangre—más estupenda y más poética que la *Castilla* de Manuel Machado? Por esa composición, que merece pasar á las antologías, debe vivir Machado para siempre en la poesía española, me decía una vez Guerra Junqueiro, el poeta de Portugal.

Todos recordáis el pasaje del viejo *Romanz de myo Çid*, cuando éste entró en Burgos, y dirigióse á busca de posada:

Asi como legó á la puerta, falola bien çerrada,
por miedo del rey Alfonsso, que assi lo auien parado
que si non la quebrantas por fuerça, que non gela [abriese nadi.
Los de myo Çid á altas uozes laman,
los de dentro non les querien tornar palabra.
Aguiió myo Çid, á la puerta se legaua,
sacó el pie del estribera, una feridal daua;
non se abre la puerta, ca bien era çerrada.

Una nina de nuef años á oio se paraua:
«¡Ya Campeador, ¡en buen ora çinxiestes espada!
El rey lo ha uedado, anoch del entró su carta,
con gran recabdo e fuertemientre sellada.
Non uos osariemos abrir nin coger por nada.
si non perderiemos los aueres e las casas,
e demás los oios de las caras.
Çid, en el nuestro mal uos non ganades nada.
Mas el Criador uos uala con todas sus vertudes san-
[tas.»
Esto la nina dixo e tornos pora su casa.
Ya lo vee el Çid que del rey non auie graçia.
Partios de la puerta, por Burgos aguijaua.
(Versos 32 á 51.)

Después de este rudo pasaje del venerable vagido de nuestra naciente poesía nacional, leed su renovación por Machado, el estupendo cuadro que sobre este antiguo motivo ha trazado, y decidme si alguna vez la poesía cumplió más noble resurrección. Y la versión es algo nuevo, completamente nuevo, enteramente original.

Y es que la originalidad, como es sabido, pero importa repetirlo con frecuencia, ya que con tanta frecuencia se olvida, no consiste en la novedad de los temas, sino en la manera de sentirlos. En arte y en literatura se descubre cada día el Mediterráneo, lo mismo que para un alma poética el sol de cada día es un nuevo sol. Para el filósofo desengañado,

nada hay nuevo debajo de el sol; para el poeta de ilusiones, todo es debajo el sol nuevo á cada instante.

Las resurrecciones de la vieja España—*Alvar Fáñez,* del «Poema del Cid», *Retablo,* de Berceo, *Don Carnal,* del arcipreste de Hita, *Un hidalgo, Felipe IV*—son de lo más nuevo que Machado nos presenta. Viejo y nuevo en uno; de ayer, de hoy y de mañana; fuera de tiempo, es decir, eterno. ¿No es la poesía, en cierto respecto, la eternización de la momentaneidad?

Y ese estupendo *Castilla,* sobre todo, es un cuadro para una antología clásica.

Y de hecho Machado es un poeta de antología, de florilegio, de guirnalda.

Por esas estrofas levísimas y aladas, en que parece que si se les toca las alas van éstas á caérseles, por esas rimas en que las palabras parecen no ser sino un pretexto, pasan de vez en cuando los pensamientos originales y finales, los de todos y de cada uno, esos pensamientos elementales que son luz imperecedera así que encuentran su expresión hermana, almas de idea á la busca de un cuerpo de palabra en que encarnar.

Un pensamiento que ha hallado cien veces expresión y desarrollo filosófico ó científico,

puede permanecer estéril en la vida espiritual por falta de haber encarnado en ritmo íntimo poético. Un lugar común, así que entra de veras y por entero en el campo de la poesía, deja de ser tal lugar común en el sentido despreciativo que se da á esta palabra para convertirse en un lugar propio de todos los que lo reciben.

Y las palabras mismas se depuran y abrillantan cuando han pasado por el ritmo, como se depura el grano, dejando ir el tamo, cuando el bieldo lo ha aventado á la brisa soleada.

Y de estos lugares comunes, lógicos, hechos lugares propios, poéticos, hallaréis no pocos en los cantos de Machado.

Cojed lo más alado acaso, lo más leve, lo más impalpable de este tesoro, los «Cantares» y leed:

No importa la vida, que ya está perdida,
y después de todo ¿qué es eso, la vida?
Cantares...
Cantando la pena la pena se olvida.

Y luego discurrir diciendo: «sí, la vida está perdida desde que se nace; se nace para morir; vivir es ya morir; ¿y qué es la vida?...» Y seguid por aquí; todo un discurso filosófico y toda una serie de lugares comunes.

Leed «Los días sin sol» y recordad luego las graves meditaciones de Leopardi en *La Retama*, cuando nos quiere á los hombres todos confederados contra la naturaleza, madre en el parto, en el querer madrastra. Y comparad. Son dos modos de poesía. La una pesa gravemente; la otra se alza como una alondra. Y las dos son una cosa sagrada.

Leed «Adelfos», esta maravillosa composición que en otro país andaría ya en labios de todos los jóvenes, leedla:

> Yo soy como las gentes que á mi tierra vinieron;
> soy de la raza mora, vieja amiga del Sol...
> que todo lo ganaron y todo lo perdieron.
> Tengo el alma de nardo del árabe español.
> Mi voluntad se ha muerto una noche de luna
> en que era muy hermoso no pensar ni querer...

y seguid.

¡Sagrado poder el de la poesía! Los sentimientos que Machado canta en esta composición admirable son de los sentimientos que más repugnan á mi espíritu. También yo suelo sentirme africano, pero en el otro respecto, en el de la acción y la violencia, en el de la conquista. Aborrezco y temo el momento de la siesta. Yo quiero mi voluntad viva, cada vez más viva. Y, sin embargo, ¡cómo me resbalan hasta el cogollo del corazón esas estro-

fas! ¡Cómo las siento! Las siento como siente el reposo el combatiente, como siente la lujuria el casto, como siente la dulzura de obedecer el tirano.

Que las olas me traigan y las olas me lleven,
y que jamás me obliguen el camino á elegir.

¡Cuántas, cuántas veces me he repetido eso en los momentos en que cabalgando sobre las olas indómitas trataba de cojerlas por su espumosa cresta, como por una crin, y gobernarlas á mi albedrío! ¿No es acaso cuando más creemos dirigir nuestro destino, cuando más á nuestro pesar el destino nos dirige? ¿La ilusión del propio dominio no es acaso la ilusión suprema? Los espíritus más enérgicos y más personales han sentido repugnancia á la doctrina del libre albedrío. Es porque sentían á Dios obrando dentro de ellos.

Que la vida se tome la pena de matarme
ya que yo no me tomo la pena de vivir!...

Si esto me lo dijeran en prosa filosófica, lógica y discursivamente y tratando de probarme con argumentos la bondad de la doctrina, saltaría yo al punto y no serían pocas ni pequeñas mis protestas en contra de ella. Pero vertido así, en ritmo, como sonoro raudal que brota de la fuente de la sinceridad—aunque sea de una sinceridad pasajera —

¿quién no se rinde? El ritmo lo purifica todo y en el campo encantado de la poesía todos estamos de acuerdo.

Todos no; disienten los bárbaros.

Y á los bárbaros arroja Machado sus cantos como quien echa margaritas á puercos.

¡En qué tristes tiempos y bajo qué vientos más agostadores se le ocurre á Machado lanzar flores al cielo de la patria! Si al fin estas flores pudieran servir de forraje á nuestros bárbaros... Pero ellos buscan alimento más fuerte, que pese en la andorga. Además no lo encuentran sano y no vale la pena de cocerlo para sanificarlo. Y así, en crudo...

Mejor haría Machado en realizar *La Buena Canción* y buscar «la bendita paz de un paisaje matinal en la chocita de la copla, entre los cañaverales, frente al sol generoso, junto al río sonoro, en plena gloria de la vega...» y buscar allí «aquel primer amor... en la tranquila seda de la tarde!»

Carducci, el grande, el noble, el fuerte, en su *Idilio maremmano* manifestaba que le hubiera sido mejor haberse casado con la rubia María y quedarse á charlar, junto al hogar, en las frías noches, narrar á los hijos la caza del jabalí ó contemplar la arada llanura que linda con el mar que no perseguir con

rimas á los bellacos de Italia y á Trissottin.

¿Y quién que haya vertido sus sentires y sus pesares en cantos de consuelo y de recuerdo, no siente lo mismo?

Me da pena de estos cantos del alma de Machado arrojados así á la estúpida indiferencia de los bárbaros. «¡Bah, modernisterías!» y encojiéndose de hombros los dejarán pasar. Si fuesen siquiera aquellas tan sonoras como hueras—cuanto más hueras más sonoras—arengas que tanto gusto daban á nuestros padres los del morrión ó aquellas ridículas dudas teatrales de Núñez de Arce ó las artificiosas é hipócritas sentimentalidades de Balart ó... No quiero censurar á otros al elogiar á Machado. No quiero que se diga de mí lo que de casi todo español puede decirse cuando á otro alaba y es: «¿contra qué tercero va ese elogio?» Prefiero que se diga que al defender y ensalzar á Machado me defiendo y me ensalzo á mí mismo, mayormente ahora en que acabo de lanzar también á los bárbaros mi tomo de *Poesías*.

¿Y por qué no? ¿Por qué los que sentimos sobre nuestras diferencias—mi manera de poetizar es muy otra que la de Machado, y si yo intentara lo de él lo haría tan mal como si él intentase lo mío—por qué los que sentimos

sobre nuestras diferencias unos inmensos brazos impalpables que nos ciñen en uno, por qué no hemos de apretarnos en haz de hermandad contra la tropa de los bárbaros, á los que une su barbarie?

Hay aquí una composición de Machado que los bárbaros tomarán por donde quema, por donde sólo puede tomarla su barbarie, y es la *Antífona*. Dejemos las malignidades del bárbaro; la suciedad de una palabra está en el oído que la oye más que en la boca que la dice, como la malicia de un acto suele estar más en el juez que lo juzga que en el procesado que lo cometió. No sin razón *diablo* quiere decir acusador, fiscal, y no sin razón hubo gnósticos, allá en los primeros siglos cristianos, que hicieron dos emanaciones del Dios impasible: de su misericordia, Cristo; de su justicia, el Demonio. Dejemos, pues, las malignidades del bárbaro.

Le dice el poeta á la cortesana, en su *Antífona:*

¡Bah! Yo sé que los mismos que nos adoran
en el fondo nos guardan igual desprecio.
Y justas son las voces que nos desdoran...
Lo que vendemos ambos no tiene precio.

Acuñamos en ritmo alado nuestros sentimientos y los bárbaros desprecian al que se

abre el pecho á las brisas y al sol y dice á sus hermanos: ¡ved!

Así los dos, tú amores, yo poesía
damos por oro á un mundo que despreciamos...
tú, tu cuerpo de diosa; yo, el alma mía!...
Ven y reiremos juntos mientras lloramos.

Pero el mundo despreciable de los bárbaros sabe que compra por oro el cuerpo de la diosa, mas no su amor; que compra por oro la letra del poeta, pero no su alma. Y por eso en el fondo de su desprecio fingido hay rabia y hay envidia.

Igual camino en suerte nos ha cabido;
una ansia igual nos lleva, que no se agota,
hasta que se confundan en el olvido
tu hermosura podrida, mi lira rota.

No, no; esto es una exigencia del metro. Aquí sí que protesto. La hermosura no se pudre; lo que se pudre es el cuerpo hermoso. El cuerpo hermoso se pudre, la lira se rompe, pero la hermosura queda y queda la canción. Y quedan aunque no haya ojos que contemplen aquélla ni oídos que oigan ésta. Hay un mundo de hermosuras y de cantos, hay un cielo de las ideas. Aquel divino Platón, que tan sutilmente se burló de los poetas, era un poeta soberano. Por eso pudo burlarse de

ellos y los poetas todos le agradecen sus burlas.

Allá van, pues, los cantos lijeros, mero suspiro á las veces, palabra pura, de Machado, y allá van entre los bárbaros que buscan cosa que se masque. El mundo es grande, aunque debía ser mayor, y además da muchas vueltas, al cabo de los siglos.

¡Y á cantar! A cantar, que el canto amansa á las fieras y acaso también á los bárbaros. En fuerza de oir...

*
* *

Y ahora quiero acabar con una... *catedraticada.*

Soy catedrático, explico además de lengua y literatura griegas, gramática comparada del latín y castellano — la tengo por acumulación — y ni puedo ni quiero ni debo desprenderme de esto. ¿Que el oficio me ha dado algo de dómine? ¡Y qué le he de hacer! No voy á renegar de él. Actuaré, pues, de dómine.

Machado ha caído unas pocas veces — tres ó cuatro — en una innovación de técnica que se han traído unos cuantos versificadores y que es un disparate, un atentado á la prosodia castellana. Denuncia que se hacen los versos á dedo y no á oído. Vamos á cuentas.

La Real Academia Española entre los muchos desatinos que suelta en su gramática es uno el de decir que en castellano todas las palabras tienen acento y que todos los monosílabos son agudos. Merecían los académicos que dejaron pasar eso que les pinchasen el tímpano. Para lo que les sirve...

Pues no, en castellano hay palabras átonas, sin acento, unas porque se unen, al pronunciarlas, con la precedente, y las llamamos enclíticas como: *ven-te, da-me siénta-te,* etc., en que los pronombres sufijados son enclíticos, y otras que se apoyan al pronunciarlas, en la palabra siguiente, y las llamamos proclíticas. Estas son el artículo—*el vino* se pronuncia como una sola palabra trisílaba llana, y *él vino* como dos, con dos acentos—las preposiciones y algunas conjunciones.

De donde resulta que no puede rimarse

Pierrot y Arlequín
mirándose sin
rencores

no violentando la prosodia castellana porque decimos *sinrencores* todo junto y bajo un solo acento tónico. Ni puede decirse

y las amables sutilezas de
una creencia antigua en cosas inmortales
que nos permita un inocente; «yo sé»

porque *de* y *sé* no pueden rimar desde el momento en que *de* no tiene acento. Tanto valdría decir:

> Brotóle al punto la con-
> versión á la Magdalena
> del fondo del corazón.

Y perdónenme lo detestable, en otro respecto, del verso (?). Aunque para ejemplo puesto por dómine no está peor que otros.

Yo espero que Machado se convenza de esto.

Es una novedad técnica que se me figura ha sido copiada del francés, que tiene muy otra prosodia que el castellano, y es una novedad técnica desgraciada. Como lo son todas las que vienen de la vista y no del oído.

Pues conviene advertir que no pocas innovaciones del llamado modernismo son, como no pocas de las innovaciones de los románticos fueron, artificios visuales cuando no tipográficos. Tal era el mezclar en una composición estrofas de distinto metro, artificio que empleaban aquellos revolucionarios románticos que temían al verso libre y que por nada hubiesen mezclado en una silva libre pentasílabos, eptasílabos y endecasílabos, siendo

así que éste, el endecasílabo, no es más que un pentasílabo más un eptasílabo unidos por un hiato y brotó del enlace de aquellos dos al acabar uno con vocal y empezar con vocal el otro.

Y basta de tecniquerías.

En las que me he permitido entrar en gracia á que Machado no es ningún *virtuoso* de la versificación, sino un poeta. El ritmo literal de sus cantos, el ritmo de su palabra, brota del ritmo espíritu de ellos, del ritmo de la idea. Es el contenido poético el que florece en forma armoniosa y melódica.

No es Machado uno de esos literatos—contrapongo aquí lo de literato á lo de poeta—que ponen su ahinco y cifran su engreimiento en haber introducido nuevas y más artificiosas formas, en haber inventado alguna nueva combinación de metros ó una inaudita dislocación de acentos á modo de discordancia más ó menos armónica. No, es un poeta.

Crear dificultades para vencerlas y encubrir con su vencimiento la oquedad ó sequedad del fondo, lo prosaico de éste, ha sido y es uno de los azotes de la literatura poética. El ir á la caza de las llamadas rimas ricas equivale á presentarse ante el público un pianista á ejecutar trabajos de prestidigi-

tación sobre el teclado. Todo esto debe hacerlo en casa, para adiestrarse. A los no técnicos nada les importa cómo se llegó á hacer algo con tal de que esto se haga.

Y este azote proviene de que nuestros rimadores apenas escriben, sino para otros rimadores, de los que principalmente se compone nuestro público; nuestros pianistas literarios no tocan sino ante otros pianistas. Y así eso no es música.

Y la de Machado es música; música interior de que brota la exterior.

Y si hago hincapié en esto, es por creer que en pocas materias literarias reinan conceptos más confusos y más falsos que en esto del ritmo y la música del verso. De un lado está el oído rudimentario, hecho á las isocronías tamborilescas y á las tonadas bailables de nuestro pueblo, un oído estropeado por un sistema de recitación y declamación deplorable, y de otro lado los artificios visuales y convencionales de unos cuantos innovadores ignaros. Y contra esto no hay sino abandonarse el poeta, desdeñando unas y otras trabas, y no ateniéndose sino á su sentido del ritmo, formado, claro está, en la tradición de su pueblo, pero en la tradición íntima y no en la preceptiva retórica.

Machado no es un *virtuoso* del ritmo, sino un poeta. Canta para todos ó canta para nadie.

¡Lástima que no sean más los que se aprestan á oirle!

Miguel de Unamuno.

Salamanca, IV, 07.

ALMA

EL REINO
INTERIOR

LOS DIAS SIN SOL

El lobo blanco del invierno,
el lobo blanco viene,
con los feroces ojos inyectados
en sangre helada, fijos y crueles.
¡Maldito lobo invierno que te llevas
los viejos y los débiles!

¡Reunámonos, que todos
tengan una familia,
un libro y fuego alegre!
Y mientras, fuera, el hacha
el tronco seco hiende,
que será rojo en el hogar, cerremos
la puerta y el balcón... ¡Dios no nos quiere!

¡Tregua! Seamos amigos...
La tibia paz entre nosotros reine,
en torno de la lámpara que esparce
la tranquila poesía del Presente.

Y tú, mi amada, cuyos rojos labios
son ya la sola flor, dámelos... ¡quiéreme!...

....

¡Que el lobo blanco del invierno,
el lobo blanco viene!

EL JARDÍN GRIS

Jardín sin jardinero,
viejo jardín,
viejo jardín sin alma,
jardín muerto. Tus árboles
no agita el viento. En el estanque el agua
yace podrida. ¡Ni una onda! El pájaro
no se posa en tus ramas.
La verdinegra sombra
de tus hiedras contrasta
con la triste blancura
de tus veredas áridas...

¡Jardín, jardín! ¿qué tienes?...
¡Tu soledad es tanta
que no deja poesía á tu tristeza;
llegando á ti se muere la mirada!

Cementerio sin tumbas...
Ni una voz, ni recuerdos ni esperanza.
Jardín sin jardinero,
viejo jardín,
viejo jardín sin alma.

MARIPOSA NEGRA

La hora cárdena... La Tarde
los velos se va quitando...
El velo de oro... el de plata;
La hora cárdena...
—¿Ves algo?
—Nada veo, sino el polvo
del camino...
—Aún es temprano.

—

—¿Gritaron, madre?
—No, hija,
nadie habló... ¿Lloras?...
—Lo blanco
del camino que contemplo
las lágrimas me ha saltado...
—No es eso...
—Yo no sé, madre.
—Él vendrá, que aún es temprano.

—

—Madre, el humo se está quieto.
Las nubes parecen mármol...
Y los árboles diríase
que tienden abiertos brazos.
. . . .
Un mendigo horrible pasa,
y hacia el castillo ha mirado.

—

Una negra mariposa
revolotea en el cuarto.

—

La hora cárdena. La Tarde
los velos se va quitando...
El velo de oro, el de plata...
el de celajes violados.
... Y el Sol va á caer allá lejos,
guerrero herido en el campo.

—

¡Malhayan los servidores
que sin su señor tornaron,
los que con él se partieron
y traen sin él su caballo!

PAISAJE DE ARRABAL

HABLA UN ARBOL

La ciudad ha avanzado... Como lepra,
las sucias casas grises
invadieron el campo. Y mis hermanos
al aire vueltas vieron sus raíces.
Sólo á mí me han dejado. Pardos muros
álzanse en torno; y á mirarme, horribles
ojos rojizos, se abren las ventanas
destilando su hedor de vida triste.
Yo he visto, sin poder huir, los interiores
donde el odio se forja y nace el crimen,
y he visto esas atroces
bocas que nunca ríen,
puertas negras del antro, desahuciadas
del sol, horriblemente horribles.

¡Ay! mis ramas al viento
doy siempre, en la esperanza de que firme
arrebate mis plantas incrustadas
en este suelo infame, donde erigen

estas horribles cárceles
y de la savia el curso ardiente y libre
quieren torcer... Yo quiero
huir, huir, huir. Y el viento sigue
agitando mis ramas, mientras locas
desgarran este suelo mis raíces.
Sólo tu hacha, leñador, aguardo.
Ven: yo arderé en tu hogar para ser libre.

LA LLUVIA

Il pleure dans mon cœur
comme il pleut dans la ville.

VERLAINE.

Yo tuve una vez amores.
Hoy es día de recuerdos.
Yo tuve una vez amores.

Hubo sol y hubo alegría.
Un día ya bien pasado...
Hubo sol y hubo alegría.

De todo, ¿qué me ha quedado?...
De la mujer que me amaba,
de todo, ¿qué me ha quedado?...

... El aroma de su nombre,
el recuerdo de su ojos,
y el aroma de su nombre...

OASIS

Sueña el león.
Junto á las tres palmeras
se amansa el sol. Existe
el agua. Y Dios deja un momento
que los pobres camellos se arrodillen...

Junto á las tres palmeras
el árabe tendido al fin sonríe
y suspira... Damasco
lejos aún le aguarda. Los confines
del horizonte brillan encendidos.
Un silencio terrible
llena el aire... En la arena
tiembla la sombra elástica de un tigre.

OTOÑO

En el parque yo solo...
Han cerrado,
y olvidado
en el parque viejo, solo
me han dejado.

—

La hoja seca
vagamente
indolente
roza el suelo...
Nada sé,
nada quiero,
nada espero.
Nada...

¡Sólo
en el parque me han dejado
olvidado
... y han cerrado.

BALADA MATINAL

¡Qué hermosos están los cielos!
¡Qué bonita la mañana!
¡Cuánta frescura en el campo!
¡Cuánta alegría en el agua!

Corre, corre, mi caballo,
por la veredita blanca,
que bien sabes el camino
donde te guían mis ansias.

No te pares junto al bosque,
ni en las frescas enramadas,
hijas del arroyo claro
que de la colina baja.

Sigue, sigue por la senda
que á los dos lados derrama
campos verdes con adornos
de amapolas coloradas.

o

Ya pasas los olivares,
ya la vereda se acaba...
Ya, entre las hojas tejidas,
de lejos se ve la casa.

¡Qué hermosos están los cielos!
¡Qué bonita la mañana!
¡Cuánta frescura en el campo!
¡Cuánta alegría en el agua!

MELANCOLÍA

Me siento á veces triste
como una tarde del Otoño viejo,
de saudades sin nombre,
de penas melancólicas tan lleno...
Mi pensamiento entonces
vaga junto á las tumbas de los muertos
y en torno á los cipreses y á los sauces
que abatidos se inclinan... Y me acuerdo
de historias tristes sin poesía... Historias
que tienen casi blancos mis cabellos.

SECRETOS

ADELFOS

Yo soy como las gentes que á mi tierra vinieron;
soy de la raza mora, vieja amiga del Sol...
que todo lo ganaron y todo lo perdieron.
Tengo el alma de nardo del árabe español.

—

Mi voluntad se ha muerto una noche de luna
en que era muy hermoso no pensar ni querer...
Mi ideal es tenderme, sin ilusión ninguna...
De cuando en cuando un beso y un nombre de mujer

—

En mi alma, hermana de la tarde, no hay contornos,
... y la rosa simbólica de mi única pasión
es una flor que nace en tierras ignoradas
y que no tiene aroma, ni forma, ni color.

—

Besos, ¡pero no darlos! ¡Gloria, la que me deben;
que todo como un aura se venga para mí!
Que las olas me traigan y las olas me lleven,
y que jamás me obliguen el camino á elegir.

—

¡Ambición! no la tengo. ¡Amor! no lo he sentido.
No ardí nunca en un fuego de fe ni gratitud.
Un vago afán de arte tuve... Ya lo he perdido.
Ni el vicio me seduce, ni adoro la virtud.

—

De mi alta aristocracia, dudar jamás se pudo.
No se ganan, se heredan, elegancia y blasón.
... Pero el lema de casa, el mote del escudo,
es una nube vaga que eclipsa un vano sol.

—

Nada os pido. Ni os amo, ni os odio. Con dejarme,
lo que hago por vosotros hacer podéis por mí.
... Que la vida se tome la pena de matarme,
ya que yo no me tomo la pena de vivir!...

—

Mi voluntad se ha muerto una noche de luna
en que era muy hermoso no pensar ni querer...
De cuando en cuando un beso, sin ilusión ninguna.
¡El beso generoso que no he de devolver!

ANTÍFONA

Ven, reina de los besos, flor de la orgía,
amante sin amores, sonrisa loca...
Ven, que yo sé la pena de tu alegría
y el rezo de amargura qne hay en tu boca.

—

Yo no te ofrezco amores que tú no quieres;
conozco tu secreto, virgen impura:
amor es enemigo de los placeres
en que los dos ahogamos nuestra amargura.

—

Amarnos... ¡Ya no es tiempo de que me ames!...
A ti y á mí nos llevan olas sin leyes.
¡Somos á un mismo tiempo santos é infames,
somos á un mismo tiempo pobres y reyes!

—

¡Bah! Yo sé que los mismos que nos adoran
en el fondo nos guardan igual desprecio.
Y justas son las voces que nos desdoran...
Lo que vendemos ambos no tiene precio.

—

Así los dos, tú amores, yo poësía,
damos por oro á un mundo que despreciamos...
¡Tú, tu cuerpo de diosa; yo, el alma mía!...
Ven y reiremos juntos mientras lloramos.

—

Joven quiere en nosotros Naturaleza
hacer, entre poemas y bacanales,
el imperial regalo de la belleza,
luz, á la obscura senda de los mortales.

—

¡Ah! Levanta la frente, flor siempreviva,
que das encanto, aroma, placer, colores...
Diles con esa fresca boca lasciva...
que no son de este mundo nuestros amores!

—

Igual camino en suerte nos ha cabido;
un ansia igual nos lleva, que no se agota,
hasta que se confundan en el olvido
tu hermosura podrida, mi lira rota.

—

Crucemos nuestra calle de la amargura
levantadas las frentes, juntas las manos...
¡Ven tú conmigo, reina de la hermosura,
hetairas y poetas somos hermanos!

ENCAJES

Alma son de mis cantares
tus hechizos...
Besos, besos
á millares. Y en tus rizos
besos, besos á millares.
¡Siempre amores! ¡Nunca amor!

Los placeres
van de prisa:
una risa,
y otra risa
y mil nombres de mujeres,
y mil hojas de jazmín
desgranadas
y ligeras...

Y son copas no apuradas,
y miradas
pasajeras,
que desfloran nada más.

Desnudeces,
hermosuras,
carne tibia y morbideces,
elegancias y locuras...

—

No me quieras, no me esperes...
¡No hay amor en los placeres!
¡No hay placer en el amor!

MADRIGAL

Y no será una noche
sublime de huracán, en que las olas
toquen los cielos... Tu barquilla leve
naufragará de día, un día claro
en que el mar esté alegre.
Te matarán jugando. Es el destino
terrible de los débiles...
Mientras un sol espléndido
sube al cenit hermoso como siempre.

ESTATUAS
DE SOMBRA

ELEUSIS

Se perdió en las vagas
selvas de un ensueño,
y sólo de espaldas
la vi desde lejos...
Como una caricia
dorada, el cabello
tendido sus hombros
cubría. Y al verlo,
siguióla mi alma
y fuése muy lejos,
dejándome solo,
no sé si dormido ó despierto.

—

Se fué hasta el castillo
del burgrave fiero
que está en la alta roca;
los puentes cayeron,
y se despertaron
los sones del hierro.

Pasamos... Mi alma
tras ella corriendo
dejándome solo,
no sé si dormido ó despierto.

—

Se fué hasta las verdes
llanuras de Jonia; y el templo
cruzó de Partenes.
Del mármol eterno
dejó las regiones...
Y se fué más lejos
con mi alma, dejándome solo
no sé si dormido ó despierto.

— —

Oro y negras piedras
y muros inmensos
y tumbas enormes—
sepulcro de un pueblo
que mira hacia Oriente
con sus ojos muertos.
Siguió... Y arrastraba
mi alma más lejos
dejándome solo,
no sé si dormido ó despierto.

— —

Siguió; entre menhires
pasamos, y horrendos
despojos de fieras...
Siguió; y á lo lejos
perdióse en las selvas
obscuras del sueño,
dejándome solo,
no sé si dormido ó despierto.

EL PRÍNCIPE

Siete soles forman
el solio del príncipe
de los siete soles.
Su cetro de oro
es un haz de llamas
de mil arreboles.
Su rostro, que nadie
miró, porque ciega,
las nubes esconden.
Su imperio, los mundos.
Él todo lo puede,
todo lo conoce...
Y en sus ojos, cuyo
mirar mata, brillan
¡todos los dolores!

LIRIO

Casi todo alma,
vaga Gerineldos
por esos jardines
del rey, á lo lejos,
junto á los macizos
de arrayanes...
Besos
de la reina dicen
los morados cercos
de sus ojos mustios,
dos idilios muertos.
Casi todo alma
se pierde en silencio,
por el laberinto
de arrayanes... ¡Besos!
Solo, solo, solo.
Lejos, lejos, lejos...
Como una humareda,
como un pensamiento...

Como esa persona
extraña, que vemos
cruzar por las calles
obscuras de un sueño.

GERINELDOS, EL PAJE

Del color del lirio tiene Gerineldos
dos grandes ojeras;
del color del lirio, que dicen locuras
de amor de la Reina.

—

Al llegar la tarde,
pobre pajecillo,
con labios de rosa,
con ojos de idilio;
al llegar la noche
junto á los macizos
de arrayanes vaga
cerca del castillo.

—

Cerca del castillo
vagar vagamente
la Reina lo ha visto.

De sedas cubierto,
sin armas al cinto,
con alma de nardo,
con talle de lirio...

EL JARDIN NEGRO

Es noche. La inmensa
palabra es silencio...
Hay entre los árboles
un grave misterio...
El sonido duerme,
el color se ha muerto.
La fuente está loca
y mudo está el eco.

—

¿Te acuerdas?... En vano
quisimos saberlo...
¡Qué raro! ¡Qué obscuro!
¡Aún crispa mis nervios
pasando ahora mismo,
tan sólo el recuerdo,
como si rozado
me hubiera un momento
el ala peluda
de horrible murciélago...
Ven, ¡mi amada! Inclina

tu frente en mi pecho,
cerremos los ojos;
no oigamos, callemos...
como dos chiquillos
que tiemblan de miedo!

—

La luna aparece
las nubes rompiendo...
La luna y la estatua
se dan un gran beso.

FANTASIA DE PUCK

El hada pequeñita
de las piedras preciosas
que vive en un coral,
busca al gnomo que habita
la corteza rugosa
de un antiguo nogal.

—

Y juntos de la mano
para hacer travesuras
aquella noche van,
como hermana y hermano,
por las sendas obscuras
de la selva ideal...

—

Detrás va su cortejo
de dudas y sospechas...
Y una marcha triunfal

saluda al crimen, viejo
que ruge, y canta endechas
con su voz de puñal.

—

Van los presentimientos
junto á las intenciones...
con los recuerdos van
los malos pensamientos,
las locas tentaciones
ahogadas al brotar.

—

Todo lo que hay de sueños
de otra vida perdido,
lo que pasó ó vendrá.
Vagas curvas de ensueños,
lo que casi no ha sido...
lo que tal vez será...

—

Va callado cruzando
el cortejo discreto
por la selva ideal...
¡Viene el día temblando...
va á romper el secreto
la aurora al despuntar!...

—

Mas sólo vió al mostrarse
una burbuja sobre
las olas de la mar...
Y una cara borrarse
en la corteza pobre
del antiguo nogal.

WAGNER

Un reloj que no sé dónde está, da la una—
corazón de la noche— hora solemne y vaga
en que la luz penúltima de la Tierra se apaga,
para dejar la luz última, que es la Luna.

Es la hora del príncipe que marcha peregrino
á sacar del encanto la encantada princesa,
mientras forjan escudo mágico á la alta empresa
el gnomo de los sueños y el hada del destino.

El silencio y la sombra se abrazan: han cesado
el cantar de la fuente y el suspirar del viento.
Tiene en redor la Luna de ensueños un anillo.

Las ondinas y náyades despiertan. Ha llegado
el momento precioso en que el héroe del cuento
mata al dragón que guarda la puerta del castillo.

REMEMBER

La Tarde, amada de las selvas, viene
á refrescar las copas del naranjo
cargadas de azahar... El sol se oculta
tras de las altas cumbres, desmayado...
El toque de oración lento se eleva,
besa la tierra el viento suspirando,
y deja las espumas de la playa
sobre los lirios del agreste prado.

—

¡Oh! Las dulces caricias venturosas,
flores de la pasión, de amor regalo...,
recuerdos de placeres en mi alma,
como el humo en el aire disipados...

Ella lo adivinó... Sus ojos, tristes
como el agua de noche, se cerraron
por no verme partir, y de su pelo...
al besarla, cayéronse los nardos:

....

Existirá la reja todavía,
amada de las noches del verano,
donde la vi mil veces... pero ella
no como entonces me estará esperando.

...Ya no es el de su casa aquel camino
que á verla tantas veces me ha llevado,
ni se para en su puerta... Sigue... Sigue...
y á lo lejos se pierde serpeando.
Me amaba y la adoré... Fuimos dichosos...
y en castigo, tal vez, lo recordamos.

—

La Tarde amada de las selvas, viene
á refrescar las copas del naranjo
cargadas de azahar... El sol se oculta
tras de las altas cumbres, desmayado...
El toque de oración lento se eleva,
besa la tierra el viento suspirando,
y deja las espumas de la playa
sobre los lirios del agreste prado.

DE LA HISTORIA DE PIERROT

PIERROT Y ARLEQUIN

Pierrot y Arlequín
mirándose sin
rencores,
después de cenar
pusiéronse á hablar
de amores.
Y dijo Pierrot:
—¿Qué buscas tú?
—¿Yo?...
¡placeres!
—Entonces no más
disputas por las
mujeres.
Y sepa yo al fin
tu novia, Arlequín...

—Ninguna.
Mas dime á tu vez
la tuya. —¡Pardiez...
la luna!

LA NOCHE BLANCA

Sólo están en vela,
la nieve, la Luna y Pierrot.
París duerme y sueña.

—

Colombina en brazos
del marqués se entrega
por una pulsera de oro
y un collar de perlas.
La señora luna tranquila blanquea,
y en vano la llama
Pierrot, y la increpa...

—

Colombina duerme,
Colombina sueña
en el brazo blanco de Pierrot, desnudo,
mirar su pulsera...
en el cuello blanco de Pierrot, desnudo,
su collar de perlas.

COPO DE NIEVE

Colombina llora,
Colombina ríe,
Colombina quiere
morir y no sabe
por qué...

—

Pierrot, todo blanco,
de hinojos la implora,
la besa y la pide
perdón, y no sabe
de qué...

—

La Luna sonríe
la señora luna...
Y nadie ha sabido
ni sabrá, ni sabe
por qué...

PANTOMIMA

Se escucha un grito grotesco
y cae en escena Pierrot
de un salto funambulesco.
¿Por qué no ríe Margot?...

Nada importa.
¡Alegre es la vida y corta,
pura farsa!
Y si no ríe Margot
al paso de la comparsa
es... porque existe un complot
con magos y hechicería
contra la franca alegría
de Pierrot...

Vienen, van,
máscaras risueñas,
son damas y dueñas
antiguas, galanes,
largos los mostachos
y los gavilanes,

y moros con corvos, ricos yataganes...
Son cortejos
de doncellas y donceles,
oro viejo y oropeles...
broma, risa.
La Locura
agita sus cascabeles.
Carnaval!

Siguen bandas, serenatas
de quimérica, de histérica armonía...
Salta como rota cuerda
la alegría.
Y fatigan los disfraces,
y ahogan los antifaces
á su dueño...
Pasa el sueño...
Rostros pálidos se ven.

Margot como una muñeca
destrozada,
se desploma en un rincón
desmayada...
Y sigue el alegre son.

Y la luna—luna llena—
fluye pena.
Disparata
sus ritmos la serenata
gemebunda...

Muere al fin la última risa
sin que el viento se la lleve...
Cae la nieve,
y está la tierra en camisa...
¿Por qué no ríe Margot?...

Se escucha un grito grotesco
y desparece Pierrot
de un salto funambulesco.

ESCENA ULTIMA

Ha llamado á mi puerta
el Carnaval vestido
de Pierrot. «Está abierta
mi puerta. Pasa...» Y ante mí, aterido,
blanca la faz de harina,
y las manos exangües, ha caído
muerto el pobre Pierrot. ¿Y Colombina?
Colombina... se ha ido.

MUSEO

ORIENTE

ABEL

El campo y el crepúsculo. Una hoguera
cuyo humo lentamente al cielo sube.
En la pálida esfera
no hay una sola nube.
La tristeza infinita
efluye de la humilde
hierba del suelo. Invita
á llorar el rumor de la arboleda...
Se va el día y se queda
la tristeza infinita.

Junto de la corriente,
desnudo y muerto yace
Abel... Y la primera
sangre vertida seca el sol poniente.

El humo al cielo sube
callado de la hoguera...
y baja como un duelo soberano
la noche á la pradera...
«¡Caín! ¡Caín! ¿Qué has hecho de tu hermano?»

RUTH

Y se fué Ruth tras ellos. Las espigas
desperdigadas recogía... ¿Y ésta
quién es? Es Ruth Moabita
que ha dejado sus dioses y su tierra.

Ruth en pie—los cabellos
mojados por las gotas de la noche—
tiende su manto. El amo lo ha llenado
del trigo de sus trojes.

Una noche esto vió la última estrella...
Y en aquel mismo día,
—pan y amor—de Israel sobre la tierra
tomó Booz por mujer á Ruth Moabita.

FLORES

Antonio, en los acentos de Cleopatra encantado,
la copa de oro olvida que está de néctar llena.
Y, creyente en los sueños que evoca la sirena,
toda en los ojos tiene su alma de soldado.

La Reina, hoja tras hoja, deshojando sus flores,
en la copa de Antonio las deja dulcemente...
Y prosigue su cuento de batallas y amores,
aprendido en las magas tradiciones de Oriente...

Detiénese... y Antonio ve su copa olvidada...
Mas pone ella la mano sobre el borde de oro,
y, sonriendo, lenta hacia sí la retira...

Después, siempre á los ojos del guerrero asomada,
sella sus gruesos labios con un beso sonoro...
y da la copa á un siervo, que la bebe y expira...

PRIMITIVOS

CASTILLA

El ciego sol se estrella
en las duras aristas de las armas,
llaga de luz los petos y espaldares
y flamea en las puntas de las lanzas.
El ciego sol, la sed y la fatiga.
Por la terrible estepa castellana,
al destierro, con doce de los suyos
—polvo, sudor y hierro—el Cid cabalga.

—

Cerrado está el mesón á piedra y lodo...
Nadie responde. Al pomo de la espada
y al cuento de las picas el postigo
va á ceder... ¡Quema el sol, el aire abrasa!
A los terribles golpes,
de eco ronco, una voz pura, de plata
y de cristal, responde... Hay una niña
muy débil y muy blanca
en el umbral. Es toda
ojos azules y en los ojos lágrimas.

Oro pálido nimba
su carita curiosa y asustada.
—«Buen Cid, pasad... El rey nos dará muerte,
»arruinará la casa,
»y sembrará de sal el pobre campo
»que mi padre trabaja...
»Idos. El cielo os colme de venturas...
»*¡En nuestro mal, oh Cid, no ganáis nada!*»
Calla la niña y llora sin gemido...
Un sollozo infantil cruza la escuadra
de feroces guerreros.
y una voz inflexible grita: «¡En marcha!»

—

El ciego sol, la sed y la fatiga.
Por la terrible estepa castellana,
al destierro, con doce de los suyos,
—polvo, sudor y hierro—el Cid cabalga.

ALVAR-FÁÑEZ

RETRATO

Muy leal y valiente es lo que fué Minaya,
por eso dél se dice su claro nombre, y basta.
Hería en los más fuertes haces y de más lanzas,
y hasta el codo de sangre de moros chorreaba,
el caballo sudoso, toda roja la espada...

Cuando Ruy le ofrecía su quinta en la ganancia,
tornábase enojado, ni un dinero aceptaba.
Fué embajador del Cid á Alfonso por la gracia...
Mas todos sus discursos fueron estas palabras:
«Ganó á Valencia el Cid, Señor, y os la regala.»

... Deste buen caballero aquí el decir se acaba,
de Minaya Alvar-Fáñez quien quiere saber más
lea el grande poema que fizo Per Abad
de Myo Cid Rodrigo Díaz, el de Vivar.

RETABLO

Ya están ambos á diestra del Padre deseado,
los dos santos varones, el chantre y el cantado,
el Grant Santo Domingo de Silos venerado
y el Maestre Gonzalo de Berceo nommado.

Yo veo al Santo como en la sabida prosa
fecha en nombre de Christo y de la Gloriosa:
la color amariella, la marcha fatigosa,
el cabello tirado, la frente luminosa...

Y á su lado el poeta, romeo peregrino,
sonríe á los de ahora que andamos el camino,
y el galardón nos muestra de su claro destino:
una palma de gloria y un vaso de buen vino.

DON CARNAVAL

Vino en jarra... Picardía
y alegría... Don Carnal,
como ahora nada sage,
viste un traje medioeval.

Pardas tierras, ancho llano,
tan liviano en su verdor,
que á tenderse en él convida,
y á la vida y al amor.

Dame un trago de tu vino,
¡oh divino Juan Ruiz!
Y tu sin melancolía
picardía nazca en mí.

Porque cante solo el hombre,
sin más nombre. Y la mujer
sin más norte, ni deseo,
ni otro empleo que querer.

Riámonos del que goza,
mozo ó moza... Su furor
es ridículo. Y violento
el momento del amor.

Mas nosotros que burlamos,
no evitamos su poder.
... Y ahora son á reir los otros,
y nosotros á querer.

Y Doña Trotaconventos
en sus cuentos lo contó...
Que ella, aunque ya vieja y seca,
si hoy no peca... ya pecó.

EL RESCATE

(ROMANCE VIEJO)

Ya iglesias son las mezquitas.
Ya torneos son las zambras.
Ya han entrado vencedores
los cristianos en Alhama.

Fatigoso fué el combate;
la tropa duerme cansada.
Sólo velan los soldados
que en los muros hacen guardia.

Celinda, divina mora,
del moro Alid adorada,
cautiva cayó, cautiva
de Don Rodrigo de Lara.

Estando todo en reposo,
con un albornoz tapada,
salióse al campo la mora
y acercóse á la muralla.

De frío tiembla y de miedo,
no la descubran los guardas.
Mas antes la muerte quiere
que ser del cristiano esclava.

Era negro su cabello;
era morena su cara;
los ojos, grandes, rasgados,
llenos de llanto llevaba.

Por el campo se desliza
más que el silencio callada,
que apenas la siente el césped
donde ella pone la planta.

No dormía Don Rodrigo
en su tienda de campaña,
y, viendo salir la mora,
detrás de ella caminaba.

Allegados á un paraje,
muy cerca de la muralla,
en el punto en que salía,
asióle una mano blanca.

Quedóse temblando ella
sin osarle decir nada,
é inclinando la cabeza,
el pecho de llanto baña.

—«Mora, la mora divina,
tan divina como ingrata,
que el campo y la noche á solas
prefieres á mi compaña,

¿Por qué de mi tienda huyes,
entre las sombras tapada,
tú que siendo mi cautiva,
cautivo tuyo me aguardas?

Vuelve, vuelve con los míos
á ser conmigo cristiana
en el templo de la Virgen
ante su imagen sagrada.

Reina serás en mis tierras,
pues eres reina en mi alma.
¿Por qué de mi tienda huyes,
entre las sombras tapada?»

Paróse aquí Don Rodrigo
mientras la mora lloraba...
Y ella, al cabo de un momento,
de esta manera le habla:

—«Cristiano, si sois tan noble
cual muestran vuestras palabras,
dejad que vuelva la mora
con los suyos á su patria.

Damas tenéis en la corte
más dignas de vuestras damas.
Dejadme, señor, que vuelva
con los míos á Granada.

Si no os place lo que os digo,
llevadme por vuestra esclava...
Mas, esperad el rescate
que yo sé de quien lo traiga.»

En esto un moro bizarro
allegóse donde estaban,
y así que lo vió la mora,
entre sus brazos se lanza.

Dió el centinela del muro
á voces la voz de alarma,
y en auxilio corren todos
de Don Rodrigo de Lara.

—«¡Muera el infiel traicionero!,
que burló nuestras murallas.»
Y rodeándole todos,
blanden sus picas y hachas.

—«¡Quietos!—gritó Don Rodrigo —.
¡Nadie desnude las armas!
Pena de muerte al que mueva
en mi presencia la espada.»

Y volviéndose hacia el moro,
disimulando la rabia,
con la voz serena y noble
le dijo aquestas palabras:

—«En buena lid he ganado
esta mora por esclava.
Yo su libertad te entrego;
llévate, moro, á tu dama.

Y, abriendo paso entre todos,
hacia su tienda se marcha,
á tiempo que el horizonte
prometía la mañana.

....

¿A dónde va Don Rodrigo,
sin broquel y sin adarga,
suelta al caballo la brida,
puesta en la cuja la lanza?

¿Dónde va, que atrás se deja
toda la gente que manda,
y entre los moros se mete
con la enseña castellana?

Negra está la negra noche,
y la morisma de Zara
terca defiende los muros
contra la tropa cristiana.

Empeñado es el combate.
Muchos caen en la muralla.
Aún flota la Media-Luna
sobre las almenas altas.

De pronto, todos oyeron
un grito horrible de rabia
y aumentarse de repente
el chocar de las espadas.

Ya la enseña de los moros
al suelo cayó tronchada
y el estandarte de Cristo
undula ya en la muralla.

— «¡Victoria por los cristianos!»,
gritó Rodrigo de Lara...
«¡Soldados, nuestra es la villa,
en rescate de la esclava!»

OLIVERETTO DE FERMO

DEL TIEMPO DE LOS MÉDICIS

Fué valiente, fue hermoso, fué artista.
Inspiró amor, terror y respeto.

En pintarle gladiando desnudo
ilustró su pincel Pintoretto.

Machiavelli nos narra su historia
de asesino elegante y discreto.

César Borgia lo ahorcó en Sinigaglia.
... Dejó un cuadro, un puñal y un soneto.

SIGLO DE ORO

MADRID VIEJO

(ACOTACIÓN)

Una plaza tranquila. Sol... Más de medio día.
La blanca tapia de un convento... Una
fachada de palacio antiguo... Lerma... Osuna...
La seriedad del sitio corrige la alegría

de la luz. Vana hierba entre las piedras crece.
Rejas—las viejas lanzas de los antepasados—
guardan los ventanales y balcones volados
del caserón antiguo que tranquilo envejece.

Llegan las horas y las horas... Suena
una campana. Sale una mujer de luto.
Un mendigo la calle de un lado á otro pasa.

Es ciego. Su cayado en las losas resuena.
Un viejo de Ribera, avellanado, enjuto...
«Sea la paz de Dios en esta santa casa.»

FELIPE IV

Nadie más cortesano ni pulido
que nuestro Rey Felipe, que Dios guarde,
siempre de negro hasta los pies vestido.

Es pálida su tez como la tarde,
cansado el oro de su pelo undoso
y de sus ojos, el azul, cobarde.

Sobre su augusto pecho generoso
ni joyeles perturban ni cadenas
el negro terciopelo silencioso.

Y, en vez de cetro real, sostiene apenas,
con desmayo galán, un guante de ante
la blanca mano de azuladas venas.

LA CORTE

El conde, orgullo y gloria, las damas galantea
y á los nobles zahiere—madrigal y epigrama—
cuando un paje de lejos y por señas le llama.
No lleva el paje escudo ni señorial librea.

«Venid», le dice quedo, «seguidme» —«¡A donde sea!
»sólo deciros puedo que es hermosa la dama...
»Mas á obscuras el sitio está donde se os llama,
»y aun quiere que el camino desconocido os sea.»

Duda un momento el conde, y recela, no en vano,
que siniestra emboscada aceche sus arrojos...
Mas, aferrando al cinto los dorados puñales,

al paje, que sonríe, resuelto da la mano...
Y el pajecillo rubio pone sobre sus ojos
un pañuelo bordado con las armas reales.

DON MIGUEL DE MAÑARA VICENTELO DE LECA

Rosa y laurel simbólicos que aquí plantó Mañara
cantan su doble triunfo, su gloria dicen clara.
Habla la hermosa rosa de lo que amó y mató.
Dice noches de amores, heridas y placeres;
las canciones que hacía él para las mujeres,
y evoca—roja y tibia—la sangre que vertió.

El laurel solemniza su puesta gloriosa
más allá de este mundo. La santa y religiosa
fundación de esta casa. Dice la Caridad...
las horas de añoranza y de recogimiento,
la elegancia suprema del arrepentimiento,
y el último combate, ¡y la inmortalidad!

Sevilla, «La Caridad», 1904.

UN HIDALGO

En Flandes, en Italia, en el Franco Condado
y el Portugal, las armas ejercitó. Campañas
doce: tiempo, cuarenta años. En las Españas
no hay soldado más viejo. Este viejo soldado

tiene derecho á descansar y estar ahora
paseando por bajo los arcos de la plaza,
—solemne—, y entre tanto que el patrio sol desdora
sus galones—magnífico ejemplar de una raza—

negar que la batalla de Nancy se perdiera
si el gran duque de Alba ordenado la hubiera;

negar su hija al rico indiano pretendiente,
porque no es noble asaz Don Bela. Y, finalmente,

invocar sus innúmeras proezas militares
para pedirle unos ducados á Olivares.

FIGULINAS

FIGULINAS

¡Qué bonita es la princesa!,
¡qué traviesa!,
¡qué bonita
la princesa pequeñita
de los cuadros de Watteau!

Yo la miro, ¡yo la admiro,
yo la adoro!
Si suspira, yo suspiro;
si ella llora, también lloro;
si ella ríe, río yo!

Cuando alegre la contemplo,
como ahora, me sonríe,
... y otras veces su mirada
en los aires se deslíe
pensativa...

¡Si parece que está viva
la princesa de Watteau!

Al pasar la vista hiere,
elegante,
y ha de amarla quien la viere.

... Yo adivino en su semblante
que ella goza, goza y quiere,
vive y ama, sufre y muere...
¡como yo!

JARDÍN NEO-CLÁSICO

Es la hora elegante de los parques ingleses...
Un Cupido de mármol flecha bajo los sauces.
Y ante mí, como antiguos, abandonados cauces,
las veredas—muy blancas—se van formando eses.

Macizos de arrayán cuadrados... welintonias...
Bancos de piedra... Un grupo clásico de las Gracias.
Los cipreses se hacen junto de las acacias
—levemente inclinados—rígidas ceremonias.

Leo las *Amistades Peligrosas*..., un tomo
de elegantes horrores y sentencias banales,
relatados con una galante impertinencia...

Surge de la enramada la máscara de Momo.
Y á mi lado la fuente dice sus madrigales,
escuchándose como un «beau-diseur» Regencia.

VERSAILLES

Cogí una hoja seca
del parque,
y entré en el Trianón
con ella en la mano;
la hoja
de verde vistió.

¡Los reyes!, ¡los reyes!,
gritaron mil voces,
sonaron los ecos
de marcha real
y las alabardas el suelo tocaron.
¡Los reyes! Luis, con su corte,
surgió en el umbral.

Luis, Sol, rey; triunfantes
sus ojos tendieron la noble mirada
á todas sus gentes:
los nobles valientes...
las damas galantes,
los inteligentes
y los elegantes...
Pelucas rizadas...

Copian cornucopias
gracias exquisitas,
y las damiselas
y las princesitas
platican de amores,
de intrigas de amor,
cuando las envuelve
la ola de galanes,
y entre brocateles y randas y holanes,
pasan y se alejan
sonido y color.

Mas llegó la tarde... De los galanteos
y los discreteos
apaga el rumor
la hora tranquila de los camafeos.
Galanes y damas
se hablan al oído:
lágrimas sin causa,
suspiro perdido...
elegante pena, galante dolor.

El cielo, en celajes
cortado, parece de encajes...
Y el Sol, que se acuesta en la porcelana
de unas nubes grana,
galán á la Luna
el campo cedió.

FIN DE SIGLO

Fué Florián el poeta
de las mejores Amintas
y Batilos. Rimador
de una Arcadia elegantísima,
correcta... y un poco sosa
para los que no sabían
que Filis era en la corte
dama de honor, y Clorinda
mariscala, presidenta,
senescala ó camarista.

—

Estas Filis, Tirsis, Cloris,
Amarilis... estas lindas
pastoras de porcelana
de Sèvres, eran la vida
del diez y ocho francés,
siglo de encajes y rimas,
minuetos, clavicordios...

galante, enciclopedista,
que pintó las miniaturas
é inventó la guillotina.

—

Madrigalesco y eglógico
y cortesano, sabía
hacer la guerra entre encajes
y enamorar entre rimas
sonriendo... Entonces era
la religión la sonrisa;
la ley, ser cortés: la moda,
las pastoriles poesías...
y Florián el mejor
de los cantores de Aminta...

Se sabe que Florián
le pegaba á su querida.

AQUÍ, EN ESPAÑA

I

UN QUITE Á PUNTA DE CAPOTE

Sobre la arena, roja
de sol y sangre, en confusión de rotos
arreos y correas,
derribados se agitan entre el polvo
caballo y picador... Y al palpitante
montón convulso el toro
asesta rebramando
el duro cuerno hasta la cepa rojo.
... Y encuentra en el camino
nada... la orla de un capote, sólo
una figura esbelta que se esquiva
jugando con su enojo,
que se esquiva elegante,
dejando desde el hombro
pender la regia seda... Y paso á paso
la sigue ciego, absorto,
hasta parar rendido,
el duro cuerno hasta la cepa rojo.

II

UN PERCANCE

La inesperada acometida ha hecho
del elegante paso
un revuelo confuso... y allá junto
de la barrera hay algo
indiscernible... Enfrente
se ven rostros de espanto.
... Y, entre manchas de grana,
y reflejos metálicos,
el toro, revolviéndose,
alza en los cuernos un pelele trágico.

LOS CANTARES

CANTARES

Vino, sentimiento, guitarra y poesía
hacen los cantares de la patria mía...
Cantares...
Quien dice cantares, dice Andalucía.

—

A la sombra fresca de la vieja parra
un mozo moreno rasguea la guitarra...
Cantares...
Algo que acaricia y algo que desgarra.

—

La prima que canta y el bordón que llora...
Y el tiempo callado se va hora tras hora.
Cantares...
Son dejos fatales de la raza mora.

—

No importa la vida, que ya está perdida,
y después de todo, ¿qué es eso, la vida?...
Cantares...
Cantando la pena, la pena se olvida.

—

Madre pena, suerte, pena, madre, muerte,
ojos negros, negros, y negra la suerte...
Cantares...
En ellos el alma del alma se vierte.

—

Cantares. Cantares de la patria mía;
cantares son sólo los de Andalucía.
Cantares...
No tiene más notas la guitarra mía.

SOLEARES

I

Yo te quiero sin querer
que te he tomado cariño
cuando menos lo pensé.

II

La fortuna y las mujeres
son loquitas de igual vena;
quieren al que no las quiere.

III

Yo voy de penita en pena,
como el agua por el monte
saltando de peña en peña.

IV

Todo es hasta acostumbrarse.
Cariño le coge el preso
á las rejas de la cárcel.

V

Me va faltando el *sentío*,
cuando estoy alegre lloro,
cuando estoy triste me río.

VI

¡Quién lo había de pensar
que por aquel caminito
se llegaba á este lugar.

VII

No tengo amigo ninguno;
penas son las que yo tengo,
con mis penitas me junto.

SEGUIDILLAS GITANAS

Desde que te fuiste
serrana, y no vuelves...
No sé qué dolores son estos que tengo.
... ni dónde me duelen.

—

Esta cadenita,
mare, que yo tengo,
con los añitos que pasan, que pasan...
va criando hierro.

—

A la vera tuya
no puedo volver,
... Cómo por unas palabritas locas
se pierde un querer.

—

Los bienes son males,
los males son bienes...
Las mis alegrías cómo se me han vuelto
fatigas de muerte.

—

Yo voy como un ciego
por esos caminos,
siempre pensando en la penita negra
que llevo conmigo.

—

Ya se han *acabao*
los tiempos alegres...
¡Las florecitas que hay en su ventana
para mí no huelen!

—

Pensamiento mío,
¿á dónde te vas?
¡No vayas á casa de quien tú solías,
que no *pués* entrar!

—

A pasar fatigas
estoy ya tan hecho
que las alegrías se me vuelven penas
dentro de mi pecho.

—

Mare é mi alma
la *vía* yo diera,
por pasar esta noche de luna
con mi compañera.

—

Toíta la tierra
la andaré cien veces
y volveré á andarla pasito á pasito,
hasta que la encuentre.

MALAGUEÑAS

Bendita sea mi tierra.
Bendita sea Sevilla.
... Sevilla tiene á Triana.
Triana tiene á mi niña.

—

Los siete sabios de Grecia
no saben lo que yo sé;
las fatiguitas y el tiempo
me lo hicieron aprender.

—

Por querer á una mujer
un hombre perdió la vida,
y aquella mujer perdió...
la diversión que tenía.

SOLEARIYAS

I

Llorando, llorando...
nochecita oscura por aquel camino
la anduve buscando.

II

Conmigo no vengas,
que la suerte mía por malitos pasos,
gitana, me lleva.

LA PENA

I

Mi pena es muy mala,
porque es una pena que yo no quisiera
que se me quitara...

II

Vino como vienen,
sin saber de dónde,
el agua á los mares, las flores á Mayo,
los vientos al bosque.

III

Vino y se ha quedado
en mi corazón,
como el amargo en la corteza verde
del verde limón.

VI

Como las raíces
de la enredadera
se va alimentando la pena en mi pecho
con sangre *e* mis venas.

V

Yo no sé por dónde
ni por dónde no
se me ha liao esta soguita al cuerpo
sin saberlo yo.

EL QUERER

En tu boca roja y fresca
beso y mi sed no se apaga,
en cada beso quisiera
beber entera tu alma.

Me he enamorado de ti
y es enfermedad tan mala,
que ni la muerte la cura,
bien lo saben los que aman.

Loco me pongo si escucho
el ruido de tu falda,
y el contacto de tu mano
me da la vida y me mata.

Yo quisiera ser el aire
que toda entera te abraza;
yo quisiera ser la sangre
que corre por tus entrañas.

Son las líneas de tu cuerpo
el modelo de mis ansias,
el camino de mis besos
y el imán de mis miradas.

Siento al ceñir tu cintura
una duda que me mata,
que quisiera en un abrazo
todo tu cuerpo y tu alma.

Estoy enfermo de ti,
de curar no hay esperanza,
que en la sed de este amor loco
tú eres mi sed y mi agua.

Maldita sea la hora
en que penetré en tu casa,
en que vi tus ojos negros
y besé tus labios grana.

Maldita sea la sed
y maldita sea el agua...
Maldito sea el veneno
que envenena y que no mata.

LA AUSENCIA

«A eso de las cuatro,
como tenia á mi compañerita
dormia en mis brazos.»
COPLA POPULAR.

No tienes quien bese
tus labios de grana
ni quien tu cintura elástica estreche,
dice tu mirada.

—

No tienes quien hunda
las manos amantes
en tu pelo hermoso, y á tus ojos negros
no se asoma nadie.

—

Dice tu mirada
que de noche á solas
suspiras y dices en la sombra tibia
las terribles cosas...

—

Las cosas de amores
que nadie ha escuchado,
esas que se dicen los que bien se quieren
á eso de las cuatro.

—

A eso de las cuatro,
á la madrugada,
cuando invade un poco de frío la alcoba
y clarea el alba.

—

Cuando yo me acuesto
fatigado y solo
pensando en tus labios de grana, en tu pelo
y en tus negros ojos.

—

Diciendo la copla:
A eso de las cuatro
como tenía á mi compañerita
dormida en mis brazos.

MADRIGALES

Este ramo hecho de prisa
de cancioncillas banales
alegres y matinales
de rocío y resedá...

Madrigales
son, entre el llanto y la risa,
papeles, que son papeles,
alegrías y oropeles
y ruido que se va,
cascabeles...

Están hechos para ellas,
y no son más que miradas
de amor que no dejan huellas
en sus caritas rosadas
y apenas causan rubor.

Deshojadas
flores de todos colores
que renacerán después...

Y en su olor
conservan el si es no es
agridulce de un amor
que vuelve como las flores.

ALELUYAS MADRIGALESCAS

A UNA AMIGUITA

Lolilla, mi amor,
tú eres una flor

ramito de flores,
y de las mejores.

La venda de grana
de tu boca sana.

Tus adormilados
y aterciopelados

ojos, tus pequeños
pies y tus sedeños

cabellos, son tropos
para mis piropos.

Tienen tus andares
ritmos singulares.

Y como las reinas
de Oriente te peinas.

Cuando miras eres
imán de placeres;

Cuando hablas gorjeo
que excita el deseo,

Y cuando caminas
¡cuántas golosinas!...

Lolilla, mi amor,
tú eres una flor.

Ramito de flores,
¡para mí, Dolores!

LA DIOSA

Llaman así á una chiquilla
rubia como la candela,
inconsecuente y locuela
y sin noción de moral,
cuyo pelo, de oro liso,
partido en dos por la raya,
le da un aspecto canalla,
canalla y angelical.

—

Como una bacante griega,
es inocente y viciosa,
balsámica ó venenosa
sin saberlo y sin querer.
Pero en su mirar radiante
hay siempre una lumbre casta,
que vigila y no se gasta
en el juego del placer.

—

Así—divina y humana—
sobre su frente suave
sus bandós en arquitrave
son una cifra ideal.
Mas por su reir ardiente,
por su boca lujuriosa,
esta mal llamada diosa
bien merece un madrigal.

MADRIGAL Á UNA CHICA...
QUE NO ENTIENDE DE MADRIGALES

Gongorinamente
te diré que eres noche
disfrazada
de claro día azul;
azul es tu mirada
y en el áureo derroche
de tu pelo de luz, hay un torrente
de alegría y de luz.

—

Pero, como la noche,
eres dulce y terrible,
misteriosa,
llena de muertes, de pasión,

y tan voluptuosa
é indecible
cuando, candente flor, abres el broche
del corazón,
que eres... toda, ¡la Noche!

HABLADO

ÚLTIMA

Ya me ha dado la experiencia
esa clásica ignorancia
que no tiene la fragancia
del primero no-saber.
¡Oh, la ciencia de inocencia!
¡Oh, la vida empedernida!...
Desde que empezó mi vida
no he hecho yo más que perder.

Ya mis ojos se han manchado
con la vista de lo feo...
No creía, y ahora creo
en todo y en algo más.
He querido serlo todo
y ya ni sé si soy algo...
De lo que dicen que valgo,
no me he creído jamás.

Escritor irremediable,
tengo la obsesión maldita
de la vil palabra escrita
en el odioso papel...

Y mi ingenio ¡el admirable!
en mi martirio se ingenia.
Con él y mi neurastenia,
llevo el alma á flor de piel.

Apenado sin dolores,
libertino sin placeres,
amoroso sin mujeres,
y rendido sin reñir...
Ando, amante sin amores,
con mi juventud podrida,
por la feria de la vida
sin llorar y sin reir.

La glòria... para mañana.
El dinero... Yo no quiero
placeres por mi dinero...
La voluntad ¡es verdad!;
con ella todo se gana,
borra montes, seca pontos...
Yo no he visto más que tontos
que tuvieran voluntad.

Y ahora, en mitad del camino,
también me cansa el acaso.
Perdí el ritmo de mi paso
y me harté de caminar.
La voluntad y el destino
diera por una bicoca.
—Y yo...
—Tú, calla. Tu boca
es sólo para besar.

INVIERNO

Calla, viejo organillo
sentimental... En balde
lanzas la melancólica sonata
conocida... ¡A otra parte!

—

¡Oh la crueldad y el mal, y la fatiga
de luchar sin cuartel, y las mortales,
heridas á traición, las puñaladas
de que no brota sangre!
Y la desgracia, la malaventura
de lo bello y lo grande...
La pobre y mala y triste y torpe vida
de un Miguel de Cervantes
alcabalero, y de un Quevedo pincho,
y de un Verlaine mendigo... Y la implacable
contrafortuna del ingenio (suerte
te dé Dios, hijo, que el saber no vale).
Y esta ancestral pobreza
española del vate...

La tragedia ridícula
de la bohemia... ¡El mártir
que es un pobre, poeta de sus sueños,
y de sus realidades!...
Y la doliente humillación de serlo...
Y el buen gusto dudoso de quejarse.

—

Calla, viejo organillo
incorregible... En balde
lanzas la melancólica sonata
conocida... ¡A otra parte!

PAZ

¡Qué harto estoy de luchar!... Tirar á un lado
el puñal y el revólver y la espada,
y el mentir y las uñas aceradas,
y la sonrisa falsa, y el veneno...
¡Y ser un día bueno, bueno, bueno!

Y reir de alegría, y llorar de dolor,
¡y amar el agua clara sin sabor ni color!
¡Y la sencilla paz de los días iguales!
Y las amables sutilezas de
una creencia antigua en cosas inmortales,
que nos permita un inocente «yo sé».

PEREGRINO

Peregrino, peregrino,
que no sabes el camino,
¿dónde vas?
—Soy peregrino de hoy,
no me importa dónde voy;
¿mañana?... ¡nunca, quizás!

Admirable peregrino,
todos siguen tu camino.

LA BUENA CANCIÓN

LA BUENA CANCIÓN

Vente conmigo y haremos
una chocita en el campo
y en ella nos meteremos.

¡Oh la paz, oh la paz, oh la bendita
paz de un paisaje matinal... Cristales
de mi ventana al campo...! ¡Oh la chocita
de la copla entre los cañaverales!
Frente al sol generoso, junto al río
sonoro, en plena gloria de la vega
andaluza—gitana que se entrega—,
bajo el azul turquí del cielo mío.
¡Y un amor solo y grande, aquel primero
que floreció en la senda, tan seguro
que aguarda siempre, y sin quemarnos arde!...
¡Aquel primer amor, que fué el lucero
de la mañana y brilla ahora tan puro
en la seda tranquila de la tarde!

INTERMEZZO

Cuando sea mi vida,
toda clara y ligera
como un buen río que corre
alegremente á la mar ignota que espera,
lleno de sol y de canción... Y cuando
brote en mi corazón la primavera,
serás tú, vida mía, la heroína
de mi nuevo poema...
Una canción de paz y amor, al ritmo
de la sangre que corre por las venas...
Una canción de amor y paz. Tan sólo
de dulces cosas y palabras. Mientras...
guarda la llave de oro de mis versos
entre tus joyas. Guárdala y espera.

DESPEDIDA Á LA LUNA

Yo fuí en mi tiempo mejor
víctima—como el poeta—
de la pálida coqueta
del crimen y del amor.

Te amé, Noche, en el placer
morena ardiente y sabida,
mas ya, mi vieja querida,
no son los tiempos de ayer.

Todas mis ternuras son
para mi joven esposa,
que es la mañana de rosa
que nace en mi corazón.

Tuve amores... amoríos
pasajeros, más que flores,
amores que no eran míos,
ni siquiera eran amores.

Pero en ellos de mil modos
mi juventud embriagué;
todas sus mieles y todos
sus acíbares gusté.

Imaginación, pasión,
en sus garras me han tenido,
y casi se ha consumido
ardiendo mi corazón.

Mas, como la buena brasa,
que de ceniza se cubre,
aún guardo candela en casa
para el prematuro Octubre.

Dejé el vagar infeliz
y la tristeza infinita
de un vivir cosmopolita
sin amparo y sin raíz,

por la ventura posible,
y por la dicha segura,
y por la tibia dulzura
de un amor más apacible.

Volví de París, en fin,
donde nos hemos querido,
y he puesto ya en el olvido
mis venturas de Arlequín.

De tonos negros y rojos
limpiándose el alma va.
Mira el paisaje que está
en el cristal de mis ojos.

Es el campo y amanece;
los árboles se cimbrean,
y orgullosos cabecean
al despertar, y parece

que de cantar tienen gana,
y que se tienden de risa
las mieses bajo la brisa
alegre de la mañana.

Alegre el río retrata
el cielo, verdece el suelo,
y al aire, al campo y al cielo,
dice con su voz de plata:

«Vivir es supremo bien,
y, mejor que inteligente,
hay que ser bueno y valiente,
mirar claro y hablar bien.»

ES LA MAÑANA

Es la mañana.
El sol está
—nácar y grana—
peinado ya.
Y el campo, ahora,
dora y colora.

Su oro deslíe
en el azul.
El río ríe,
La brisa el tul
nocturno pliega.
... Y huyendo juega.

Luz inocente
de paz y amor,
cielo riente,
santo calor,
bálsamo amable,
inenarrable.

Clara mañana
tu luz así,
—nácar y grana—
descienda á mí.
Y que yo sea
bueno... Y que crea.

VAGAMENTE

En el cinematógrafo
de mi memoria tengo...

En aquel agradable
rincón húmedo y bueno,
en donde está la talla serenando
el agua santa, eternamente fresco
y obscuro; en aquel patio de poesía
y escalofríos lleno;
junto á la sempiterna
fuente de mármol y canción... Recuerdo
yo vagamente cosas que ahora ignoro
si eran verdad ó sueño.

En el cinematógrafo
de mi memoria tengo
cintas medio borrosas... ¿Son escenas
de verdad ó de sueño?...

LA VOZ QUE DICE...

Ven, pobre peregrino que caminas en vano
del Amor y la Muerte por el duro camino,
amante sin amores, vivir no es tu destino.
Yo sé el solo rincón de paz. Dame la mano.

Vendrás conmigo al templo de la triste alegría.
Conocerás tu sombra. En el jardín las gracias
de la paz hallarás. Y descanso, y acacias.
Irás la blanca senda de la melancolía.

Yo calmaré ese ansia de vida de que mueres,
y, á la divina hora de la tarde violada,
te diré lentamente cómo todo se olvida.

Te infundiré el beato miedo de los placeres...
Yo te daré el gran libro que no trata de nada.
y aprenderás á estar solo toda la vida.

KYRIE ELEISON

¡La caridad, la caridad, la caridad!...
Tus llagas otra vez, Señor, al mundo muestra,
y tu corona de espinas, y tu diestra
horadada por el clavo de la maldad.

Dinos de nuevo aquella palabra que nos hace
llorar, y nos derrite la maldad en el pecho,
y nos da paz, y amor, y olvido... Y satisface
como el correr seguro del río por su lecho.

Y que un paisaje matinal, y que una buena
esperanza nos den la alegría piadosa...
Y que sea el amor de Dios nuestra verdad.

Que seamos buenos para librarnos de la pena.
Y que nunca olvidemos ésta única cosa:
¡La caridad, la caridad, la caridad!

SÉ BUENA...

I

Sé buena. Es el secreto. Llora ó ríe de veras.
Que se asome á tus ojos y á tus labios de grana
la ternura de tu corazón sin las hueras
flores de trapo de la retórica vana.

¡Oh, la sabiduría en amor! ¡Si tú vieras!...
Es tan corta... que linda con la tortura insana
de una pasión conceptuosa y sus maneras...
Sé buena. Es el secreto. Sé mi amante y mi hermana.

Con tus ojos azules y tu pelo de oro
sé consecuente. El *Ars Amandi* da al olvido.
Quema tu alma en el ara del amor soberano.

No pretendas vencer. Ríndete. Y que el tesoro
de tu hermosura sea dulcemente ofrecido,
como al sediento un sorbo de agua pura en la mano.

II

Y, en una dulce convalecencia, una mañana
limpia y azul—como tus ojos—una
de esas mañanas de cristal y grana,
que aún dejan ver el pálido semblante de la luna...

Pasearemos la gloria—dulce paz sin victoria—
de nuestro amor tranquilo, bajo del claro cielo...
Y dirá el agua pura nuestra sencilla historia.
Y nuestras sombras débiles, juntas llevará el suelo.

El campo verde joven, fremente so la brisa,
movido como por una alocada risa
feliz, recorreremos. Y tú conmigo, sola,

en el paisaje inmenso, en el aire fragante,
divinamente mudo, me tenderás, amante,
tus rojos labios como una roja amapola.

DOMINGO

La vida, el huracán, bufa en mi calle... Sobre
la turba polvorienta y vociferadora,
el morado crepúsculo desciende... El sol ahora
se va, y el barrio queda enteramente pobre.

¡Fatiga del domingo, fatiga... Extraordinario
bien conocido y bien corriente!.. No hay remedio.
¡Señor, tú descansaste, aleja, en fin, el tedio
de este modesto ensueño consuetudinario!

Voces, gritos, canción apenas... Bulla. Locas
carcajadas... ¿Será que pasa la alegría?
Y yo aquí, solo, triste y lejos de las fiestas...

Dame, Señor, las necias palabras de estas bocas,
dame que suene tanto mi risa cuando ría,
dame un alma sencilla como cualquiera de éstas.

INDICE

ÍNDICE

